

pasar por alto estas peculiaridades. En cambio se puede afirmar categóricamente que **valen** igual: andinos u occidentales, por ejemplo, tienen una misma medida que es justamente otro hombre. Diferentes culturas pero del mismo valor.

Estos son algunos comentarios suscitados en el conversatorio que sobre “Ética y política” organizó, SUR, con la presencia del filósofo alemán Ernst Tugendhat, José Ignacio López Soria, Rector de la Universidad de Ingeniería y Miguel Azcueta, alcalde de Villa El Salvador. Pero en esa conversación no se insistió adecuadamente en que los derechos humanos se refieren a los derechos de las personas con respecto al Estado en tanto máximo poder y concentración de la dominación social. En nuestro país se ha escamoteado precisamente este aspecto queriendo convertir a los derechos humanos en un término genérico, equiparable con cualquier derecho y aplicable a cualquier circunstancia. Se desdibuja en el ámbito específico de los DD.HH. y se coloca en el mismo nivel a los actos individuales y los que proceden del Estado. (Cecilia Rivera).

## EL CHE GUEVARA EN LA IMAGINACION POPULAR

La imagen del Che: la podemos encontrar en estatuas, en pequeños bustos, en calcomanías que supuestamente adornan microbuses, pintada en los guardafangos de los camiones. Aquí no se trata de un fenómeno propiciado por el Estado, luego de una revolución triunfante, como sucede en Cuba. No es tampoco un culto inducido por la “sociedad de consumo”, como ocurrió años atrás en Estados Unidos. No sabemos donde están esas fábricas clandestinas, ni quiénes son esos artesanos que han descubierto lo rentable que es reproducir la imagen de un guerrillero. el punto de partida parece encontrarse en una demanda alejada de los medios intelectuales o de las capas de mayores ingresos; se trata de un público urbano, presumiblemente mestizo, ubicado en el abigarrado mundo de los servicios, para el que la figura del “Che” —con toda la dignidad del caso—, puede acompañar a la imagen de Sarita Colonia o el Señor de los Milagros. No es una opción partidaria. No se identifica con ninguna filiación política. Esta elección ha sido ejecutada al margen de la propia izquierda que, por lo general, prefiere otros símbolos, menos “aventureros”, menos “pequeño burgueses”, para citar la jerga

habitual. Elaboración espontánea, entonces, que no encuentra parangón en Bolivia (donde Guevara apenas es recordado por los restos de su Ejército de Liberación Nacional) y ni siquiera en su tierra natal, en Argentina, donde a lo más es una imprecisa referencia histórica.

¿Cómo explicar su popularidad en el Perú? La explicación no la podemos encontrar en nuestra historia inmediata, con la que Guevara apenas tuvo un contacto fugaz. La revolución cubana, el foquismo y la Organización Latinoamericana de Solidaridad —salvo en 1962 ó 1965— no tuvieron sobre el Perú el impacto que consiguieron en el Caribe, Venezuela o Chile. Puede tratarse, luego de estos descartes, de la reelaboración de un personaje histórico desde la cultura popular. ¿Para qué? Quizá para subrayar el heroísmo como cuando se lo reproduce con una metralleta en alto, o quizá para exaltar el sacrificio, como cuando su imagen yacente parece identificarse con el sacrificio de un Cristo. ¿Resignación o rebeldía? Probablemente ambos sentimientos, como expresión de la tensión y la angustia que recorren a las clases populares.

Justamente estas dos versiones del Che aparecen condensadas en las páginas finales de **El zorro de arriba y el zorro de abajo**, cuando la novela desemboca en ese mensaje político y profético que se confunde a su vez con el testamento de José María Arguedas. El Che aparece como “un retrato al óleo” en la oficina del padre Cardozo, encima de una imagen que recoge el rostro de un Cristo indianizado. El padre admitirá que el Cristo lo compró en una calle del Cuzco y que el retrato del Che lo pintó él mismo. Otro personaje arguediano, Bazalar, comentará “Corioso, señores!. Hey visto a jovencitos y jovencitas guardar en so bolsillo u cartera postales del Che”.

Los zorros fue terminada en 1969. Entonces era abundante la imaginería popular alrededor del Che en el Perú. Siguió siéndolo en el decenio siguiente. Veinte años después de su muerte, todavía se puede encontrar su imagen, aunque borrosa y desdibujada por el tiempo, en algunos guardafangos. Si se prolonga hasta hoy es tal vez porque en el Perú, a diferencia de otros países de Latinoamérica, los mitos y las tradiciones de la izquierda de los sesenta persisten: no han sido olvidados, ni arrasados por olas represivas. (Alberto Flores G.)